Ishtar enamorada

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Ishtar era hija de Sin o de Anu. En carácter de hija de aquél, era la dama bélica; como descendiente de éste, el exponente del amor, la licenciosidad y la intemperancia y la violencia caprichosa hasta el extremo.
Wikipedia

Lentamente y con pesar, Susana retiró los dedos del bajorrelieve. Sin dejar de temblar dio un paso atrás, adentrándose en la oscuridad de la sala, pero sin perder el contacto visual con los ojos de Ishtar que le devolvían una mirada burlona y lasciva. La soledad en la que se hallaba se desplomó sobre sus hombros. Quiso echar a correr pero las rodillas se negaron a responderle y lo único que pudo hacer fue maldecir a su abuelo que la había convencido para aceptar el puesto de vigilante de noche en el Museo Arqueológico de Alicante.

Unos cuantos vocablos de grueso calibre dedicados a su insigne prócer, patrón mayor y gran benefactor del museo, con derecho a placa en el vestíbulo, le dieron el coraje para alejarse un poco del relieve que colgaba en la pared, pero sin romper del todo el vínculo con Ishtar, la gran ramera, la diosa de las prostitutas y del amor ilícito, la hermana golfa de la tenebrosa Ereshkigal, que reina en el inframundo.

Ya llevaba algunos días en aquel trabajo, con más sueño y fatiga que temor, pero aquella noche era especial: se había inaugurado la exposición «Tesoros de Asiria del British Museum», cedida al MARQ gracias a los buenos oficios y los numerosos contactos internacionales de su abuelo. Susana se había sentido fascinada por Asiria desde que su abuelo la subía en sus rodillas y le narraba con pasión de adolescente las cacerías de leones de Asurnasirpal y Asurbanipal o las guerras de Senaquerib. Pero su preferida era la leyenda de cómo Ishtar, desnuda y furiosa, arrancaba a su querido Tammuz de las garras de su terrible hermana Ereshkigal. También recordaba cómo aquellas historias acababan siempre con violentas discusiones entre su padre y el abuelo, discusiones que Susana solo logró comprender al cabo de mucho tiempo, cuando supo que el abuelo había abandonado a su mujer y a su hijo recién nacido, para regresar veinte años después, enriquecido y con un abultado curriculum de experto en el Próximo Oriente Antiguo. El origen de aquella fortuna nunca quedó claro, el abuelo la atribuía a sus *descubrimientos*.

La abuela de Susana se suicidó a los pocos meses del regreso de su marido.

Las heridas nunca llegaron a cerrarse, pero eso no impidió que el abuelo ejerciera una notable influencia sobre Susana. Le transmitió la pasión por la Antigüedad, en particular el Oriente Medio y muy especialmente por Asiria. Por supuesto la convenció para que se licenciara en Historia pero también ejercía una tutela moral muy intensa, subrogando primero el papel de sus padres, sin que estos fueran capaces de evitarlo, y después el propio libre albedrío de Susana. Era especialmente estricto y vigilante con sus relaciones masculinas, hasta el extremo de que, a punto de doctorarse, Susana era virgen.

Sin apenas protesta, había aceptado la recomendación de su abuelo para aceptar el puesto de vigilante nocturno, justificada con el socorrido argumento de *meter cabeza*. Sin que Susana fuera consciente de ello, todas las fuerzas que habían moldeado su vida hasta aquel instante, la fuerte personalidad de su abuelo, el trágico final de su abuela, la debilidad de su padre, la pasión por Asiria, su lujuria reprimida... Todo se iba a dar cita aquella noche en los oscuros pasillos del MARQ.

Pero en el momento de iniciar su turno, todos los pensamientos de Susana eran para los «Tesoros de Asiria del British Museum» y por eso se había dirigido derecha a la tercera sala del ala norte, la dedicada a las exposiciones temporales.

Desde el umbral recorrió toda la sala con la vista, sintiendo un ahogo que le impedía dar el paso que la adentrara en el mundo de sus más queridos sueños infantiles... Y de sus más terribles pesadillas.

Achacándolo a la emoción del momento, Susana decidió dejarlo para más tarde y se dedicó a atender a sus obligaciones, pero cada vez que la ronda le llevaba al umbral de la tercera sala del ala norte, sentía el mismo ahogo, así como un escalofrío que nacía en sus rodillas, subía por sus muslos y acababa concentrándose en las ingles. El pubis se tensaba y la mente se llenaba de imágenes sensuales que era incapaz de controlar.

En el silencio absoluto de la madrugada oyó el tenue tañido de las campanas de San Nicolás, dando las tres. Como si fuera una señal, cambió con decisión el rumbo de sus pasos y cruzó sin detenerse el umbral de la tercera sala del ala norte, sin experimentar otra sensación que un súbito rubor de vergüenza por sus fantasías eróticas, más dignas de una adolescente ardorosa que de una madura universitaria.

La joya de la exposición era un conjunto escultórico que reproducía a tamaño natural al rey Asurnasirpal II en plena cacería de leones y Susana lo inspeccionó con minuciosidad. El rey estaba en su carro, tensando el arco, hierático, mientras el conductor denotaba en el rictus de sus labios el esfuerzo que le suponía dominar los caballos, encabritados por la presencia de una manada de leones y leonas que intentaban saltar sobre ellos. Una de las leonas estaba atravesada por las flechas del rey y arrastraba sus cuartos traseros pese a lo cual alzaba la cabeza y enseñaba los dientes con increíble rabia y ferocidad. Susana admiró cada detalle del conjunto, desde la barba rizada del rey, hasta el realismo con el que las flechas habían atravesado el cuerpo de la leona. Sació metódicamente su curiosidad en cada objeto acercándose lentamente al que era el otro gran reclamo de la muestra: el soberbio bajorrelieve de la diosa Ishtar. Recientemente descubierto, había sorprendido a los especialistas por su altísima calidad; ya se comparaba a su desconocido autor con Rodin o con el mítico Fidias.

Cuando Susana se detuvo ante la escultura, se le vinieron encima, multiplicadas por diez, todas las sensaciones que había experimentado a lo largo de la noche en el umbral de la sala. Ansiosa y febril, con los ojos chispeantes, alzó la mano para tocar el rostro divino. Sus ojos se encontraron con los de la diosa y quedó prendada de ellos.

Corrientes eléctricas recorrían su cuerpo y le aflojaban las rodillas, provocando un tumulto de sensaciones, conocidas algunas, novedosas las más, pero todas ellas tan terriblemente placenteras que le provocaron un clímax tras otro hasta que su cuerpo se sació de tanto gozo.

Incapaz de apartar la mirada del rostro pícaro de Ishtar, consiguió alejarse otro paso y otro más. Se disponía a dar un tercero cuando las luces de la sala se encendieron súbitamente, al tiempo que una voz familiar, grave y profunda, atronó la sala.

—No descubro nada si aseguro que mi nieta acaba de disfrutar de las artes de la dulce Ishtar.

Susana quedo momentáneamente deslumbrada por la repentina claridad. Reconocía la voz de su abuelo pero su parte racional no terminaba de aceptarlo. Se giró hacia la entrada de la sala, apartándose del rey Asurnasirpal y su carro de caza. Haciendo sombra con la mano logró distinguir a un hombre plantado en el umbral, empuñando lo que parecía una espada.

Al cabo de unos instantes los ojos de Susana se acostumbraron a la luz y pudo reconocer a su abuelo. No le fue fácil ya que la larga barba, blanca y suelta, había sido teñida de negro y trenzada a la asiria. Vestía una túnica blanca hasta los pies, ribeteada de púrpura y ceñida a la cintura por una faja del mismo color, de la que colgaba un espléndido tahalí de plata.

—Pero abuelo... —fue lo único que Susana logró articular, pasando del susto al asombro.

—Mi querida nieta no da crédito a sus ojos, su cerebro, joven e inmaduro, se niega a aceptar lo evidente. —El hombre parecía hablar para alguien oculto en la penumbra, a su espalda, invisible para Susana—. Adelante, démosle algo más en que pensar.

A esta orden dos hileras de figuras cruzaron el umbral, abriéndose según entraban en la sala hasta disponerse en semicírculo. Eran siete mujeres jóvenes, vestidas con túnica hasta los pies, de un intenso color rojo y un tocado sobre la cabeza que imitaba la cabeza de un león con las fauces abiertas.

—Todavía no comprendes nada ¿verdad? —la voz del abuelo, ahora sí, rebosaba sorna—. Tantos años de universidad, memorizando naderías, y no eres capaz de reconocer a quienes tienes ante tus narices. ¿Tendré que ordenar a los que borran que te ayuden un poco?

«Los que borran». El extraño apelativo se abrió paso poco a poco en el cerebro de Susana durante lo que a ella le pareció una eternidad, hasta que logró aflorar el recuerdo.

—«Los que borran» —exclamó asustada a su pesar, pues nada de aquello parecía real, todo tenía el aspecto de un grotesco baile de máscaras. Aquellas mujeres eran, o creían ser, *lamashtu*, encarnaciones de Pasittu, el destructor, demonios que roban a los bebes del regazo de sus madres, beben su sangre y devoran su carne—. ¿Qué es todo esto abuelo? ¿Pretendes que crea que estoy ante las siete brujas?

Por toda respuesta el hombre tomó por la hoja la espada que portaba y alzó la empuñadura para que Susana viera claramente el remate, formado por dos cabezas de león.

El asombro, el miedo, la incredulidad se entremezclaron en el cerebro de Susana, en un torbellino frenético.

—No puede ser —murmuró—, no puedes creerte Nergal.

—No importa nada de lo que yo crea, ni de lo que tu creas, tan solo importa lo que soy.

—¡Eres mi abuelo, maldita sea! —explotó al fin Susana—, ¡mi abuelo! No el dios del inframundo ni el esposo de Ereshkigal y si todas estas se piensan que son la encarnación de Pasittu, mejor que les busques un buen loquero.

—Ya suponía que no te convencerías fácilmente.

Hizo una señal con la espada y las siete brujas convergieron sobre Susana. Todo su armamento de vigilante era una porra de cuero que ni pensó en usar. Al momento estaba firmemente sujeta de ambos brazos.

—Abuelo, esta broma ya ha ido demasiado lejos, diles que me suelten.

Sintió que la cabeza le explotaba, la boca se le llenó de un sabor salado, la mejilla le ardía... Tardó un instante en comprender que una de las mujeres le había abofeteado con dureza, marcándole el rostro con unas uñas largas y aceradas, más felinas que humanas.

—A partir de ahora guarda silencio, hasta que se te ordene otra cosa.

Susana se mordió la lengua mientras miraba a su abuelo con ojos desorbitados. Su abuelo... o quién quiera que fuese.

Las manos que la sujetaban tiraron de ella y se dejó llevar sin ofrecer resistencia.

Salieron de la tercera sala del ala norte en procesión, firmemente por cuatro de aquellas brujas, dos por cada lado y seguidas de las tres restantes, en fila india, mientras Nergal se quedaba en la sala, envalentonado y bravucón ante el relieve de Ishtar.

—No te entrometas —exclamó con voz dura—. Sé lo que estabais planeando vosotros dos, todo idea tuya seguro, Reina de las Rameras, pero la muchacha me pertenece. ¿Lo oyes? La he criado y protegido como a la más delicada rosa del jardín y el placer de cortarla me corresponde exclusivamente a mí —se volvió y se encaró con la estatua de Asurnasirpal—. No se os ocurra acercaros de nuevo a ella.

Salió a paso rápido de la sala y alcanzó a la comitiva cuando esta llegaba al espectacular atrio de las olas en el cielo y lo atravesaba en dirección sur. Parecía que se dirigían a la gran nave central, pero Nergal se puso en cabeza y giró a la derecha entrando en el pabellón uno, dedicado a la prehistoria alicantina. A pesar del estado de confusión en el que se encontraba, un escalofrío recorrió a Susana: odiaba aquella sala. En sus rondas nocturnas entraba lo justo y nunca, nunca, se acercaba al extraño chamán oculto al fondo, junto al ábside.

Serpentearon por el itinerario en zigzag que recorre la antesala y da acceso a la exposición propiamente dicha. Con las luces de las vitrinas apagadas y las proyecciones enmudecidas, las lámparas de seguridad apenas mataban las sombras. Un presentimiento atravesó el corazón de Susana: la reproducción de arte rupestre macroesquemático, tan aborrecida por ella, era su destino. Nergal entró en la pequeña salita, a la derecha del ábside dedicado a las proyecciones.

El cortejo se reunió en un grupo compacto ante la reproducción de un abrigo de roca del Barranc de l'Infern. Susana siempre había asociado ese lugar con una capilla, un sagrario dedicado a alguna deidad luciferina. A un gesto de Nergal, surgió la luz cremosa que iluminaba un ser pesadillesco, quizá un brujo en gesto admonitorio, brazos en alto, quizá una pobre víctima implorando una misericordia inexistente en el corazón de sus matadores, quizá una madre suplicando por la vida de la pequeña figura antropomorfa que parecía alejarse de ella. Sin duda el Barranc de l'Infern era el lugar adecuado para semejante figura.

Nergal hizo un gesto a una de sus brujas que sacó de sus ropas un cuchillo criselefantino. El sudor, un sudor frío y agrio, inundó a Susana, presa al tiempo de un temblor incontenible, convencida de que iba a ser sacrificada allí mismo, a mayor gloria de aquel ser surgido del Infierno. Completamente inmovilizada, vio como el afilado marfil se acercaba sus caderas, sintió una sacudida y se vio libre del peso de su cinturón. La bruja retrocedió enarbolando su trofeo. Esa parecía ser la señal que Nergal estaba esperando, alzó los brazos, imitando al brujo y murmuró lo que parecía una oración. La piedra artificial que remedaba la caliza del Barranc de l'Infern comenzó a vibrar ante los ojos enloquecidos de Susana, rápidamente la vibración se intensificó, el brujo se convirtió en bandas de color, cada vez más oscuras hasta llegar al negro absoluto. En ese momento Nergal dio un paso al frente y cruzó la puerta del Averno. Susana dio un grito e intentó resistirse pero dedos de acero hicieron crujir sus huesos, la levantaron en volandas y la llevaron al otro lado.

Se encontró en una pequeña sala circular de paredes de piedra, sin más iluminación que un ojo brillante en lo alto, muy arriba, cual si fuera el fondo de un pozo. Susana levantó la cabeza y reconoció, través del ojo, las paredes del museo: la geometría del infierno sigue sus propias reglas.

Nergal estaba detenido ante una puerta en la que Susana no había reparado, una alta puerta rectangular de dos hojas, con cinco paneles en

cada una de ellas, esculpidos con escenas a cual más horrorosa: violaciones, torturas, masacres, degollinas, linchamientos, ejecuciones, hecatombes, matanzas, holocaustos, sacrificios... Todas las aberraciones humanas estaban descritas con la mano del mejor artista.

Como si hubiera alcanzado la saturación del horror y el pasmo, Susana salió en aquel instante de la confusión en la que se hallaba sumida desde que puso los dedos sobre el bajorrelieve de Ishtar. Miró la puerta con ojos fríos, reconociéndola: una versión infernal de las «Puertas del Paraíso» del baptisterio de Florencia. Su terrible significado no se le escapó: por aquellas puertas transitaban todos los niños de la ciudad para ser bautizados. Sin que ella lo advirtiera, otra bruja se le acercó por la espalda, sintió el toque frío del marfil en el cuello y luego el roce suave de su pañuelo, al serle arrebatado. En ese momento Nergal empujó con fuerza las dos hojas de la puerta, empleando todo su cuerpo, como si de un toro bravo se tratara, abriéndola de par en par.

Toda la comitiva lo siguió a una nave espléndidamente iluminada. Al fondo, tras un inmenso altar de oro, un Jesús multicolor juzgaba a las almas armado de un látigo de fuego y una sádica sonrisa en los labios. Sobre el techo, Adán fornicaba con una cabra bajo la mirada concupiscente de un Creador coronado de cuernos que acercaba un dedo erecto a las musculosas nalgas del no nacido de mujer. Susana se sintió empujada y al cruzar la puerta pisó la suave hierba del paraíso mientras los berridos de placer de la cabra destrozaban sus tímpanos.

El frío marfil sobre su piel, una vez más, y quedó desnuda de cintura para arriba mientras una bruja hacía flamear los jirones de su camisa. Nergal hizo un gesto de aprobación y la oscuridad les envolvió. Flotaban hacia un punto brillante que creció rápidamente hasta convertirse en una ciclópea imagen del tercer día de la creación del mundo y que Susana reconoció al instante: el reverso de «El jardín De Las Delicias» con las puertas cerradas. Dos brujas se elevaron y se situaron en posición de abrir las tablas, pero antes sintió que tiraban de sus pies hasta descalzarla. Una bruja se había apropiado de sus zapatos, solo entonces se abrieron las puertas de El Jardín y la visión demencial de Hyeronimus Bosch surgió ante Susana. La comitiva se adentró en el prado de más exacerbada lujuria que una mente haya concebido nunca. Cruzaron por entre los grupos que copulaban desenfrenadamente, en parejas, en tríos, en orgías desenfrenadas sin distinción de sexos ni de razas. Se abrieron paso entre gentes

de toda ralea que gozaban con animales y con frutas de aspecto lujurioso, hasta llegar a los estanques que El Bosco había pintado al fondo del cuadro, o quizá al fondo de su mente. Caminaron sobre las aguas sin ninguna dificultad y penetraron en el palacio azul, deteniéndose ante dos elefantes mayores que el edificio que los albergaba, enfrentados testuz con testuz. Allí perdió Susana sus pantalones. Las bragas y el sostén no aliviaban la sensación de desnudez e indefensión que la invadía.

Cruzaron bajo las trompas de los elefantes y aparecieron en un *garbah-griha*[1] cubierto por una inmensa cúpula. En el cenit se abría un lucernario cuya luz caía directamente sobre una representación del *lingam*[2] de Shiva, del tamaño que se le presupone a todo un dios y ante el que se postraba una abigarrada muchedumbre.

Nergal guió a su grupo por el borde de la plaza hasta el inicio de una escalera que ascendía adosada a la pared, pero antes de subir el primer peldaño una bruja le arrancó el sujetador a Susana. La escalera daba vueltas y vueltas por la pared del edificio, ascendiendo hacia el lucernario, tan lejano como una estrella, pero que se acercaba varios ordenes de magnitud por cada peldaño que subían. La escalera terminaba ante la claraboya que ahora se abría delante de ellos y no sobre sus cabezas, así como los adoradores de la potencia creadora de Shiva se veían a su espalda y no bajo ellos.

Era una luz blanca e intensa, pero no deslumbrante, sin embargo impedía ver lo que había al otro lado, e incluso sus captores se convertían en destellos brillantes. La ultima prenda que cubría su desnudez le fue arrebatada y en ese mismo instante le alcanzó la comprensión: la leyenda de Ishtar que tantas veces le contara su abuelo. Ishtar desciende al inframundo en el que reina su hermana Ereshkigal para rescatar a su amado Tammuz. Debe cruzar siete puertas y en cada una de ellas debe ofrecer una prenda, de forma que llega al final de su camino completamente desnuda. Pero no fue ese el único recuerdo que se iluminó en el cerebro de Susana. También recordó que Ishtar era violada y torturada por Ereshkigal y su consorte Nergal, antes de ser asesinada. El recuerdo la hizo gritar desesperadamente mientras los *lamashtu* la obligaban a cruzar la última puerta del infierno.

Desembocaron en campo abierto bajo un sol tropical, ante unas murallas ciclópeas en las que se abría un arco flanqueado de dos torres cu-

1 Espacio sagrado de los monasterios hindúes. Literalmente «cavidad uterina»
2 Falo

biertas de azulejos azules. Tan pronto como puso el pie al otro lado del umbral de luz, Susana se sintió libre de las tenazas que la habían sujetado hasta ese momento. Los *lamashtu* habían recuperado su aspecto auténtico: seres alados, cubiertos de pelo inmundo, dotados de largas y afiladas garras en manos y pies y cuya cabeza cambiaba continuamente, en un instante era la de una leona de colmillos terribles y al momento siguiente se transformaba en pájaro de pico siniestro, largo y aguzado.

Nergal estaba plantado ante la puerta de refulgente azul, con los brazos en alto, gritando lo que parecía algún tipo de invocación en un idioma imposible de entender para Susana, silbante y lleno de agudos, mientras los *lamashtu* revoloteaban a su alrededor como insectos enloquecidos. Nergal terminó la salmodia y anduvo hacia el arco, sin mirar atrás. Susana se quedó inmóvil hasta que los *lamashtu* se cernieron sobre ella, arañándole la espalda y forzándola a caminar.

El paso de la muralla era largo y lóbrego, pese a la luz refulgente a ambos lados, y flotaba en el ambiente un presagio de maldad y terror que hacía difícil la respiración. Desembocaron al comienzo de una avenida empedrada que terminaba en una pirámide escalonada de ladrillo rojo: el Etemenanki, el gran zigurat de Babilonia, dedicado al sanguinario Marduk. A la derecha flanqueaban la avenida una hilera interminable de gigantescos lamasus de arenisca amarilla: toros alados con cabezas humanas representando un inabarcable catálogo de dolor y agonía. Tras ellos discurría un río de sangre en el que flotaban docenas, centenares, miles de cadáveres o de trozos de ellos, en todos los estados de descomposición. Del río llegaba un viento sofocante cargado de olores ponzoñosos que revolvió el estomago de Susana y la dobló en arcadas de nauseas, pero los *lamashtu* no le dieron respiro y se lanzaron al momento sobre ella, azuzándola para que siguiera a Nergal que ya caminaba a buen paso por la avenida.

Mientras se intentaba poner a su altura, con la espalda cada vez más lacerada por las uñas de las brujas, Susana vio, en el lado opuesto a los lamasus, tres norias de poca altura pero gran longitud, cuyos cangilones eran auténticas terrazas de gran extensión. En ellas, hombres y mujeres, ancianos y niños, negros, blancos y amarillos, sufrían terribles torturas en todo tipo de maquinas de pesadilla. Unos se tostaban en grandes parrillas, otros eran cortados en finas rebanadas por sierras de acero, algunos eran ahogados en su propia sangre mientras pobres desgraciados, desco-

yuntados en el potro, suplicaban que les dieran, al fin, muerte. Las norias giraban cansinamente, mostrando en cada cangilón horrores mayores que en el anterior. Susana no lograba apartar los ojos de aquellas terrazas de suplicio, epítomes burlescos de los jardines colgantes babilonios que una vez maravillaron a los pobres mortales.

Alcanzaron por fin el extremo de aquella avenida de ignominia e iniciaron el ascenso de la empinada escalinata que conducía al cielo azul, radiante y sin nubes, en el que el sol estaba clavado en su zenit, sin atisbo de movimiento. La escalinata era increíblemente larga pero dotada de la peculiar geometría que ya había observado Susana en otros pasajes de aquel mundo. Cada escalón que subían les alejaba del suelo varios ordenes de magnitud y les acercaba notablemente a la cumbre del zigurat al tiempo que esta se alejaba del suelo. De esta manera, en unos pocos tramos de escalera se encontraron a una altura enorme sobre la ciudad que mostraba, una tras otra, sus miserias a cual más tremenda y siniestra. Un país entero dedicado al horror, la tortura y el sufrimiento, sobre el que reinaba la mujer ante la que ya se postraba su captor: Ereshkigal, la diosa del inframundo de la que Nergal no era más que su humilde consorte.

Habían alcanzado la cumbre del zigurat, una amplia terraza en cuyo centro se alzaba un sitial sobrelevado, enmarcado por cuatro columnas de ónice. Ocupaba el trono la mujer más bella que Susana hubiera contemplado nunca. Vestía una pieza de gasa transparente, ceñida por un cinturón de oro, que realzaba un cuerpo voluptuosamente perfecto, capaz fascinar por igual a hombres y mujeres.

La mirada de Ereshkigal se posó sobre Susana, haciéndola repentinamente consciente de su desnudez e indefensión.

—¡Te haces viejo Nergal! —La voz de la reina era aguda y chirriante e irritaba los oídos—. ¡Mírala! No es más que una humana, un mísero despojo, como todos los mortales. ¿Qué es lo que te ha turbado tanto de ella?

—Sé que no puedes verla con mis ojos, mi esposa y dueña —la voz de Nergal era apenas audible—, sin embargo te ruego que la aceptes como un delicado presente. Su cuerpo es joven y tierno y devastarlo te llenará de placer.

Susana estaba enmudecida por el miedo, pero al oír las palabras de Nergal le vinieron a la mente los horrores de las terrazas de suplicio y las lágrimas arrasaron sus ojos, lo cual pareció ser del gusto de la reina que soltó una carcajada llena de malos augurios.

—Es posible que tengas razón marido mío, pero, por favor, disfrútala tú primero, que yo aguardaré pacientemente mi turno.

Mientras dos *lamashtu* bajaban del cielo azul en el que el sol seguía inmóvil, la reina se recostó en su sitial. Los demonios cogieron a Susana de ambas manos y la encadenaron a unos grilletes que colgaban de una de las columnas de ónice, izándola hasta que quedó colgada de las muñecas, con la punta de los pies apenas rozando el suelo. Los demonios se arrodillaron a su vera y cada uno la tomó de una pierna, abriéndola para su señor que ya llegaba, desprovisto de su túnica y sus atributos reales. Más demonios se acercaron para participar en la bacanal. Uno de ellos separó dolorosamente las nalgas de Susana mientras otro empuñaba el miembro de Nergal y lo clavaba en el estrecho pasaje.

El dolor, el dolor físico, se abrió paso por los senderos nerviosos de Susana, hasta desembocar como una riada en el cerebro, expulsando el aturdimiento en el que la incredulidad y el horror la tenían sumida. Y gritó. Por primera vez desde el comienzo de aquella pesadilla gritó, gritos de dolor y de miedo que se mezclaron con las carcajadas enervantes de Ereshkigal.

Cuando Nergal acabó con Susana, la reina se puso en pie y se acercó a ella. La habían desencadenado y estaba arrodillada al pie de la columna, sollozando. Las uñas de los *lamashtu* le habían dejado la espalda en carne viva y Nergal le había arrancado un pezón uno de sus muchos clímax. Ereshkigal le dio una bofetada que tiró a Susana en el charco formado por la sangre que manaba de su entrepierna, pero la joven no reaccionó ni emitió un quejido. Era un trozo de carne insensible.

—¡Perfecto! —se exaltó la reina—. Lograr que vuelvas a sentir dolor es un reto digno de mí.

Ereshkigal comenzó aplicando sal sobre la carne viva, al principio Susana reaccionó con breves espasmos y algún quejido, pero pronto quedó de nuevo embotada. Furiosa, la reina le hizo un corte de oreja a oreja, por toda la frente, luego, de un tirón dejó al descubierto el blanco hueso del cráneo, mientras la sangre manaba a borbotones. Dos *lamashtu* le acercaron una sierra de oro y sostuvieron a Susana para que la reina pudiera cortar con comodidad. La tapa del cráneo se desprendió con facilidad y Ereshkigal contempló extasiada las circunvoluciones palpitantes del cortex.

—Y ahora, directos a la fuente del dolor.

Con mano experta hundió una larga aguja en un punto del cerebro cuidadosamente estudiado. Todo el cuerpo de la muchacha comenzó a temblar incontroladamente mientras su garganta enronquecía lanzando alaridos que hasta a los animales más fieros hubieran espantado.

La reina sonrió satisfecha y siguió clavando la aguja y hurgando en el cerebro de Susana hasta que el cuerpo quedó desmadejado a sus pies.

—Fue breve, pero divertido —proclamó Ereshkigal, lavándose la sangre en un aguamanil acercado por dos demonios—. Tenías razón amado esposo, como casi siempre.

Ocultos tras el primer lamasu, a los pies del Etemenanki, Ishtar y Asurnasirpal no pierden detalle de lo que ocurre en la cumbre de la pirámide. Han visto el calvario de Susana pero no pueden intervenir, no hasta que la vida haya escapado de su cuerpo, ya que todo lo que vive, muere y solo la muerte es fuente de vida.

Cuando el cuerpo descerebrado de Susana queda inmóvil, tras el último estertor, saben que ha llegado el momento. De un salto se plantan en la avenida con los arcos armados, toman objetivo en los *lamashtu* que revolotean sobre el trono de Ereshkigal y dejan partir sus dardos de muerte. Dos demonios caen con estrépito a los pies de la reina y su consorte. Mientras todos salen del estupor, los atacantes ya han colocado en sus arcos nuevas flechas y las puntas de bronce buscan ávidas el corazón de otras dos encarnaciones de Pasittu. De los demonios restantes, dos se abalanzan sobre Asurnasirpal y lo derriban sobre la escalinata que había comenzado a ascender. Los tres ruedan en un confuso montón hasta el pie de la pirámide. El último *lamashtu* ataca a Ishtar que se zafa de él con un quiebro y huye a la carrera por la primera grada del zigurat, perseguida por el demonio volador. Un instante antes de que haga presa en ella, Ishtar se lanza al suelo y la muerte pasa de largo. Ishtar, diosa del amor, pero también de la guerra, se yergue al instante con expresión terrible en su rostro; rodilla en tierra, arma el arco y apunta al *lamashtu* que ya se vuelve a la carga en vuelo rasante. La flecha mata al monstruo en el acto pero su inercia le lleva a embestir a hija de Sin. Los dos cuerpos se arrastran y dan tumbos por la grada, hasta casi el lugar donde Asurnasirpal, ya recuperado de la caída, mantiene a raya, a fuerza de espada, a los otros dos demonios, pero es una lucha desigual, como demuestran los numerosos surcos de sangre en el cuerpo del rey. Ishtar

tarda unos instantes en recuperarse de la conmoción, y otros tantos en librarse del cadáver del monstruo que la aplasta. La situación de Asurnasirpal es apurada, los demonios le han hecho caer y mientras afrenta como puede a uno de ellos, intentando ponerse en pie, el otro ha tomado altura y pica sobre su espalda. La flecha de Ishtar le impide alcanzar su objetivo y su grito agónico previene a Asurnasirpal, que rueda sobre si mismo y evita que el monstruo le caiga encima. El último *lamashtu* se vuelve para hacer frente a Ishtar, momento que Asurnasirpal aprovecha para hundirle la espada de bronce entre las alas.

Juntos los dos, Ishtar y Asurnasirpal, suben a la carrera la escalinata hasta que una sombra se cierne sobre ellos. Plantado en la cumbre del zigurat, un Nergal tan alto que oculta el inmóvil sol, les mira y se ríe. Ishtar le lanza una flecha que se hinca en la rodilla del gigante con tanto efecto como una china en el mar. Asurnasirpal cubre los últimos escalones en rápidos saltos e intenta herir a Nergal en un pie, pero el cuero de la sandalia es más grueso que su espadita. Nergal se agacha, sorprende a Asurnasirpal y lo encierra en el puño, una miserable lagartija entre las columnas de sus dedos. El rey junta todas sus fuerzas y clava la espada en la tierna yema de la primera falange, Nergal abre el puño y le deja caer. Asurnasirpal golpea contra el suelo y rueda inconsciente por la escalinata. Ishtar, cegada de rabia, desenrolla de su cintura una fina cuerda, la ata a una de las sandalias de Nergal y gira en torno a sus pies en un carrusel enloquecido. Nergal la mira y la deja hacer hasta que decide que ya tiene bastante. Uno de los talones gigantescos se alza del suelo, abriendo una caverna mayor que la estatura de Ishtar, que se afana por sujetar la cuerda, pero sus fuerzas no son suficientes para retener y trabar al gigante. Nergal lo sabe y su risa cae de las alturas como una losa. La cuerda se desliza ahora con rapidez entre los dedos de Ishtar, abrasándole las palmas de las manos. Ya no puede resistir más, está a punto de liberar la cuerda cuando su movimiento se relentiza hasta detenerse. Asurnasirpal se ha rehecho de la caída y aferra la cuerda con todas sus fuerzas. Sus músculos de acero se tensan bajo la coraza de cuero. Las venas del cuello se hinchan y palpitan como animales con vida propia, su rostro es una mancha purpúrea de esfuerzo. Han conseguido trabar al gigante pero no logran hacerlo caer. Nergal, enfadado por su obstinación se agacha para cogerlos con la mano, tal como antes hiciera con Asurnasirpal. Su equilibrio es inestable.

—¡Ahora! —grita Ishtar—¡Tira fuerte!

El pie de Nergal, apoyado sobre un charco de sangre de Susana, se desliza levemente. Es el principio.

—¡Sigue! ¡Sigue! —ruge Asurnasirpal. Su voz es tan solo un ronquido estertoreo que surge de una garganta completamente bloqueada por la tensión.

El deslizamiento se hace más rápido, Nergal grita de sorpresa antes de que su cuerpo inmenso caiga cuan largo es y ruede por toda la ladera del zigurat hasta la llanura, aplastando los primeros lamasus y empotrándose contra el cangilón del primer jardín de suplicio, bloqueándolo y haciendo que vuelque toda su siniestra carga.

Ishtar y Asurnasirpal suben a todo correr los escalones que les separan de la cima, donde les aguarda Ereshkigal, pero saben que la reina no se les va a enfrentar, bien al contrario, ríe a carcajadas viendo a su gigantesco marido cubierto de la sangre y restos humanos que caen de los cangilones de la noria atascada. Para Ereshkigal todo esto no es más que un juego.

El cuerpo de Susana yace a los pies de la columna en la que fue torturada. Asurnasirpal le levanta tiernamente lo que queda de la cabeza. La cavidad cerebral está parcialmente llena de una papilla gris que se ha derramado por el suelo y reluce sobre el suelo de ladrillo rojo. Cuidadosamente coloca en su lugar la parte superior del cráneo y sobre ella el cuero cabelludo. Ishtar ha descolgado de su cinturón la cantimplora con el agua de vida, humedece con ella el dedo índice y lo pasa por la grieta roja que cruza la frente de Susana. Bajo su caricia suave, la piel renace intacta. Moja la palma de su mano y la pasa por la espalda lacerada, por el seno mutilado. Allí donde el agua de vida roza la piel de Susana esta vuelve a surgir, resplandeciente. Asurnasirpal, entretanto, lava con una esponja el cuerpo de la joven, limpiándola de cualquier rastro de sangre. Al poco tiempo tienen entre sus manos un joven, bello y tierno cadáver. Por último, Ishtar humedece sus labios con el agua de vida y los une a los de Susana en un beso lleno de pasión y deseo. Los ojos de Susana se abren, por un instante brillan con temor, pero luego todo su ser reacciona al afecto íntimo de Ishtar y el lugar y el tiempo dejan de tener importancia. Ni el pasado, que ya se aleja raudo, ni el futuro incognoscible, tienen peso alguno ante un presente pleno de la pasión de Ishtar. Las manos de

Susana acaban moviéndose, buscando los pechos de la diosa lo que provoca la risa de Asurnasirpal, y una no disimulada envidia.

—Mejor si nos vamos —interrumpe—, tu hermana puede enfadarse en cualquier momento.

Las piernas de Susana todavía están débiles y sus rescatadores tienen que ayudarla a bajar las escaleras del Etemenanki.

La avenida se encuentra bloqueada por el gigantesco cuerpo de Nergal, que sigue inconsciente y deben esquivarlo pasando por detrás de los lamasus. Se encuentran junto al río de sangre cuando oyen la voz cascada y chirriante de Ereshkigal:

—Disfrútala hermana, disfrútala mientras puedas porque algún día enviaré a por ella y entonces será mía para siempre.

La desaparición de Susana causó no poco revuelo, pero la investigación policial se agotó pronto ante la falta de pistas. Desde aquella noche y hasta que la exposición de Asiria fue devuelta al British Museum, su abuelo pasaba todos los días por la tercera sala del ala norte y se quedaba horas delante del relieve de Ishtar, pero nadie advirtió que la mujer retratada tenía un extraordinario parecido con Susana, un parecido del que carecía cuando llegó al MARQ.